

LA VENERABLE MADRE AGREDA Y DOS OBISPOS DE ALBARRACIN

por J. CAMPOS

Llama sorprendentemente la atención el hecho de que una monja de clausura, de rigurosa vida ascética y de auténticas elevaciones místicas, mantuviera continuas relaciones exteriores, sin perder el equilibrio, mejor dicho, conservando la supremacía de lo interior y contemplativo sobre lo activo y externo. Tal fenómeno se dio y se comprueba en la irradiación benéfica de Sor María de Jesús de Agreda sobre la Iglesia y la sociedad de su tiempo. No se limitó su actividad externa a sus escritos mayores, como la *Mística Ciudad de Dios*, ni a otros varios opúsculos menores, destinados todos ellos a extender el Reino de Dios en los espíritus. Han de añadirse a todo esto sus asiduas relaciones epistolares, que se extendían sin cansancio a donde las reclamaban la caridad, la edificación o la necesidad de los muchos solicitantes.

Hay que contar además del desfile de incontables personas de toda clase social, que se presentaban en el convento personalmente a ampararse en sus oraciones, consejos o altas influencias, la corriente de cartas, tanto o más frecuente que la de personas y visitas. Ella empero deseaba ardorosamente y se lo componía en el fondo del corazón un completo retiro de todo, como lo declara al P. Manero al final de su relación —«que no desseo sino el cumplimiento de la voluntad divina y el de la santa Obediencia y un retiro total del mundo; el Todopoderoso me lo conceda por su bondad. Amén»¹— y en otras ocasiones en que desahoga su corazón con sus confesores o superiores.

1. Publicada en «Estudios Franciscanos», vol. XVII, 1916, p. 226, y sacada de un ms. de París. (Cf. MOREL-FATIO, *Catalogue des Manuscrits Espagnols... de la Bibliothèque Nationale de Paris*, n. 208).